

cimiento. Pero repuesto también de su emoción, cuando vió las gruesas lágrimas que rodaban por las mejillas del cabo y recordó la vieja abuela, con sus cabellos grises al aire, que los insultaba señalándoles el Rhin, allá, detrás del horizonte... ¿Era acaso la fraternidad de las mismas fatigas y de los mismos dolores sufridos juntos, lo que se llevaba así su odio? El, de familia bonapartista, no había siquiera soñado nunca con la república más que teóricamente y más bien sentía compasión por el emperador; opinaba por la guerra, impuesta por la condición misma de la vida de los pueblos. Súbitamente, la esperanza volvió á apoderarse de él en uno de aquellos repentinos cambios que eran familiares á su imaginación, mientras que el entusiasmo que una tarde le había llevado á sentar plaza, volvía á renacer en él, alegrando su corazón con la certidumbre de la victoria.

— ¡Tiene usted razón, cabo, — dijo alegremente, — los derrotaremos!

El vagón rodaba, rodaba siempre, llevando su cargamento de hombres, con la espesa humareda de las pipas y el calor malsano de los cuerpos amontonados, lanzando en las estaciones que atravesaban, á los aldeanos asustados, de pie á lo largo de la vía, sus canciones obscenas en el espasmo de la borrachera. El 20 de Agosto llegaron á París, á la estación de Pantin, y aquella misma noche volvieron á salir, para desembarcar al día siguiente en Reims, ya en camino para el campamento de Chalons.

III

Con gran sorpresa notó Mauricio que el 106.º bajaba á Reims y recibía allí la orden de acampar. ¿No iban, pues, á Chalons, para reunirse al ejército? Y cuando dos horas después, el regimiento formó los pabellones de armas á una legua de la población, del lado de Bouceilles, en la vasta llanura que se extiende á lo largo del canal, del Aisne al Marne, su extrañeza aumentó aún, al saber que todo el ejército de Chalons se replegaba desde por la mañana é iba á acampar en el mismo sitio. En efecto, de un extremo á otro del horizonte, hasta Saint-Thierry y la Neuville, aun más allá del camino de Laon, se veían tiendas de campaña, y las hogueras de los cuatro cuerpos de ejército arderían allí aquella noche. Seguramente había prevalecido el plan de tomar posiciones al alcance de París, para aguardar allí á los prusianos y esto los llenó de júbilo; ¿no era acaso el plan más prudente?

En aquella tarde del 21 de Agosto, Mauricio se paseó por todo el campamento en busca de noticias. Eran muy libres, la disciplina parecía haberse aflojado; todavía los hombres entraban y salían á gusto suyo. El pudo volver tranquilamente á Reims, donde quería cobrar una libranza de 100 francos que le había enviado su hermana Enriqueta.

En un café oyó hablar á un sargento del pésimo espíritu que predominaba en los 18 batallones de la guardia móvil del Sena, que acababan de regresar á París. El 6.º batallón, especialmente había estado á punto de asesinar á sus jefes. Y allá, en el cam-

pamento, los generales se veían á la continua insultados, y los soldados no saludaban ni al mariscal Mac-Mahon, desde la batalla de Fræschwiller. El café se llenaba de gente, se entabló una violenta discusión entre dos pacíficos ciudadanos, con motivo del número de hombres que el mariscal iba á tener bajo sus órdenes. Uno hablaba de 300.000 hombres; aquello era una locura. El otro, más razonable, enumeraba los cuatro cuerpos de ejército: el 12.º, que se había completado de mala manera en el campamento, con auxilio de los regimientos de marcha y una división de infantería de marina; el 1.º, cuyos restos llegaban desbandados, desde el día 14, y en el que se reformaban los cuadros como se podía; el 5.º, destrozado, sin haber combatido, arrastrado, dislocado en la retirada, y el 7.º, que desembarcaba ahora, desmoralizado también, disminuido de su primera división, que acababa de encontrar en Reims á trozos; en total unos 120.000 hombres, contando con la caballería de reserva, y con las divisiones de Bonnemain y Margueritte. Pero el sargento se mezcló en la disputa, tratando con un desprecio furioso á aquel ejército, de un conjunto de hombres sin cohesión, un rebaño de inocentes llevados al sacrificio por imbéciles, y los dos ciudadanos, asustados, temiendo verse comprometidos, desfilaron.

Una vez fuera del café, Mauricio compró periódicos, llenándose los bolsillos con todos los que pudo hallar; los leía andando, bajo los grandes árboles de los magníficos paseos que rodean la ciudad. ¿Dónde estaban los ejércitos alemanes? Parecía que se habían perdido. Dos de ellos se encontraban sin

duda al lado de Metz. El primero, el que el general Steinmez mandaba, vigilaba la plaza; el segundo, el del príncipe Federico Carlos, trataba de subir por la margen derecha del Mosela, para cortar á Bazaine, el camino de París. Pero el tercer ejército, el del príncipe real de Prusia, el ejército victorioso en Wissemburgo y en Fræschwiller y que perseguía al 1.º y 5.º cuerpo, ¿dónde se encontraba realmente, en medio del desbarajuste que reinaba en la cuestión de informes? ¿Estaba aun acampado en Nancy? ¿Llegaba delante de Chalons, para que se hubiese abandonado con tal prisa, incendiando los almacenes, los objetos de equipo, los forrajes y las provisiones de todas clases? Y la confusión, las hipótesis más contradictorias volvían á empezar con motivo de los planes que se atribuían á los generales. Mauricio, como separado del mundo, no supo hasta entonces lo ocurrido en París: la horrible sorpresa que la derrota había causado sobre todo un pueblo que creía segura la victoria, la emoción terrible en las calles, la convocatoria de las Cámaras, la caída del ministerio liberal que había hecho el plebiscito, desposeído al Emperador de su título de general en jefe, lo que le obligaba á entregar el mando superior al mariscal Bazaine. Desde el día 16, el emperador se encontraba en el campamento de Chalons, y todos los periódicos hablaban de un Consejo celebrado el 17, al que habían asistido el príncipe Napoleón y varios generales: pero no estaban conformes entre sí al dar cuenta de las decisiones tomadas, aparte de los hechos que de ellas resultaban: el general Trochu, nombrado gobernador

de París, el mariscal Mac Mahon al frente del ejército de Chalons, lo que implicaba que se prescindía en absoluto del emperador. Se sentía un azoramiento, un pavor grandísimo, y los planes más opuestos se presentaban y sucedían de hora en hora. Y siempre esta misma pregunta: ¿Dónde estaban los ejércitos alemanes? ¿Quién tenía razón entre los que pretendían que Bazaine se hallaba libre, operando en retirada por las plazas del Norte, y los que aseguraban que estaba bloqueado en Metz?... Circulaba un rumor persistente anunciando batallas gigantes, luchas heroicas, sostenidas desde el 14 al 20, durante toda una semana sin que de ello se desprendiese otra cosa que un tremendo chocar de armas, lejano y perdido.

Mauricio, cansado ya, se sentó sobre un banco. Alrededor de él, la ciudad parecía vivir en su vida ordinaria, y las niñeras, bajo los frondosos árboles, cuidaban de los niños, mientras que los pequeños rentistas daban con paso tranquilo y lento su habitual paseo. Volvió á coger su periódico, cuando sus ojos se fijaron en un artículo al cual no había hasta entonces dado importancia. El artículo era de un periódico de la oposición, republicano. Las tinieblas se desvanecieron. El periódico afirmaba que en el consejo celebrado el 17 en el campamento de Chalons, se había acordado la retirada del ejército sobre París y que el nombramiento del general Trochu no tenía más objeto que preparar el regreso del emperador. Pero añadía que esos acuerdos acababan de hallar una oposición tenaz en la emperatriz regente y en el nuevo ministerio. La emperatriz creía que si regresaba el emperador estallaba

la revolución, y hasta se citaba esta frase de ella: — «No llegaría vivo á las Tullerías». Así es que se mostraba muy enérgica pidiendo que el ejército marchara adelante para unirse al ejército de Metz, opinión que apoyaba también el general Palikao, ministro de la Guerra que tenía un plan de marcha avasalladora y victoriosa para darle la mano. Y con el periódico extendido sobre las rodillas, Mauricio, pensativo, creía ahora explicárselo todo: los dos planes que se combatían, las dudas del mariscal Mac Mahón para emprender aquella marcha de flanco tan peligrosa, con tropas poco sólidas; las órdenes impacientes, cada vez más enérgicas, que le llegaban de París, que le empujaban á emprender aquella temeraria y loca aventura. Luego, en medio de aquella lucha trágica, tuvo de repente la visión del emperador, depuesto de la autoridad imperial que había confiado á la emperatriz regente, despojado del mando de general en jefe del que acababa de dar posesión al mariscal Bazaine, no siendo ya nada, una sombra de emperador indefinida y vaga, una inutilidad sin nombre, un estorbo del que no se sabía qué hacer, que París rechazaba y que no tenía ya puesto en el ejército, desde que se había comprometido á no dar ni una orden.

No obstante, á la mañana siguiente, después de una noche de fiebre que durmió fuera de la tienda, envuelto en su manta, fué un consuelo para Mauricio el saber que se había acordado la retirada sobre París. Se hablaba de un nuevo consejo de guerra celebrado la víspera, al que asistió el antiguo vice-emperador, señor Rouher, enviado por la emperatriz para acelerar la marcha sobre Verdun, y

á quien el mariscal Mac-Mahon, parecía haber convencido del peligro de tal movimiento. ¿Se habían recibido malas noticias de Bazaine? Nadie se atrevía á afirmarlo, pero la misma carencia de noticias era un hecho significativo y todos los oficiales algo inteligentes opinaban por la retirada sobre París, con lo que la capital tendría un ejército de socorro. Y, convencido de que la retirada comenzaría al día siguiente, puesto que se decía se habían dado las oportunas órdenes, Mauricio, feliz, quiso satisfacer un capricho de niño que le atormentaba: el de librarse, á lo menos por una vez, de comer rancho, almorzando en cualquier parte, teniendo sobre la mesa, cubierta con blanco mantel, una botella de agua, otra de vino, un plato, todas esas cosas que le parecía le faltaban desde hacía tantos meses. Tenía dinero en el bolsillo y echó á andar alegremente buscando una taberna.

Realizó su deseo más allá del canal, á la entrada del pueblecito de Courcelles. La vispera le dijeron que el emperador se había albergado en una casa de aquel pueblo; y fué allí á pasearse por curiosidad, recordando haber visto en el ángulo formado por dos carreteras una taberna con su emparrado, del que colgaban hermosos racimos de uva dorada y madura. Bajo el emparrado había algunas mesas pintadas de verde, mientras que en la cocina, por la puerta abierta, se veían el reloj de pared, las estampas de Epinal pegadas á las paredes, la posadera enorme preparando la comida. Detrás se veía un juego de bolos. Todo aquello era alegre, bonito y muy risueño.

Una moza garrida y de amable presencia preguntóle enseñando su blanca dentadura:

—¿Quiere almorzar?

—¡Pues ya lo creo, quiero almorzar!... Deme usted huevos fritos, una chuleta, queso y un poco de vino blanco.

Volvió á llamarla.

—Diga usted: ¿no se ha hospedado en una de estas casas el emperador?

—Mire usted, en esa que está enfrente de nosotros... No verá usted la casa, está detrás de esa pared, por donde asoman los árboles.

Se instaló entonces bajo el emparrado, desabrochóse el cinturón para estar más cómodo y escogió su mesa, sobre la cual los rayos del sol que atravesaban los pámpanos, enviaban reflejos de oro y volvió á mirar aquella pared amarillenta que albergaba al emperador. Era en efecto una casa escondida, misteriosa, de la que no se podían ver ni aún las tejas desde fuera. La entrada daba al otro lado, sobre la calle del pueblo; una calle estrecha sin una tienda ni una ventana, rodeada de enormes muros sombríos. Detrás el pequeño parque formaba una á modo de isla, cubierta de espeso follaje entre las casas vecinas. Y allí vió, al otro lado del camino, un patio rodeado de cuadras y cocheras, atestado de todo el material de coches y furgones, en medio del continuo ir y venir de hombres y caballos.

—¿Es para el emperador todo eso?—preguntó en son de guasa á la moza que colocaba sobre la mesa un blanco mantel.

—Precisamente, para el emperador es todo,—

contestó alegremente, satisfecha de poder enseñar su bonita y blanca dentadura.

Y, aleccionada sin duda por los palafreneros, que desde la víspera iban allí á echar algunos tragos, empezó á enumerar: el Estado mayor, compuesto de veinticinco oficiales, de los sesenta guardias imperiales y del pelotón de guías al servicio de la escolta, más los seis gendarmes encargados del servicio de vigilancia; después la casa imperial, que se componía de sesenta y tres personas, chambelanes, criados, cocineros; después cuatro caballos de silla y dos coches para el emperador, diez caballos para los caballeros, ocho para los picadores y lacayos, sin contar cuarenta y siete caballos para los correos; luego un *char á bancs*, doce furgones de equipajes, dos de los cuales, reservados para la cocina, habían causado gran admiración á la muchacha por la enorme cantidad de utensilios, de platos y de botellas, colocados en orden admirable.

—¡Ah, caballero, no se puede usted formar idea de cómo son esas cazuelas! brillan como soles... y toda clase de platos, de vasos, de aparatos, que ni aún puedo decirle á usted para qué sirven... Y una bodega tal con Burdeos, Borgoña, Champagne, lo bastante para una gran comida...

Con la alegría que le produjo la vista del blanco mantel, satisfecho con el vino blanco que brillaba en su vaso, Mauricio comió dos huevos con un apetito que no se conocía. A la izquierda, cuando volvía la cabeza, podía contemplar la vista que ofrecía la inmensa planicie, llena de tiendas de campaña, toda una ciudad que acababa de surgir en el campo, entre el canal y Reims. Unos cuantos árboles,

muy pocos, daban la nota verde sobre la gris de la llanura. Pero por encima de los confusos tejados de Reims, que medio ocultaban las ramas de los castaños, la enorme silueta de la catedral se perfilaba en el horizonte azul como un gigante, á pesar de la distancia, junto á las casas del pueblo. Y el recuerdo del colegio, de las lecciones en él aprendidas, volvía á su memoria: la consagración de nuestros reyes, la santa ampolla, Clodoveo, Juana de Arco, toda la gloriosa y vieja Francia.

Después, como Mauricio, preocupado de nuevo con la idea del emperador en aquella modesta casa, tan discretamente cerrada, volviese sus miradas, sobre la pared amarillenta, leyó con sorpresa, en grandes letras hechas con carbón, esta frase: «¡Viva Napoleón!» y al lado algunas obscenidades. La lluvia había lavado las letras, la inscripción debía ser bastante antigua, ¡qué singular coincidencia! Sobre aquella pared, ese grito de entusiasmo guerrero que aclamaba sin duda al tío, al conquistador, y no al sobrino. Toda su niñez, toda su juventud renacía, evocada por los recuerdos, cuando allá, en el Chene-Populeux, oía desde la cuna contar las historias de su abuelo, uno de los soldados del gran ejército. Su madre había muerto, su padre había tenido que admitir un empleo de recaudador de contribuciones, en aquella ruina de la gloria que había alcanzado á los hijos de los héroes á la caída del imperio; y el abuelo vivía allí de una modesta pensión, en aquella habitación de empleado, sin otro consuelo que el de contar sus campañas á sus nietos, dos gemelos, niño y niña, con los mismos cabellos rubios, reemplazando un poco á la madre

muerta. Colocaba á Enriqueta sobre su pierna izquierda, á Mauricio sobre la derecha, y durante horas enteras entretenía á los niños con el relato de homéricas batallas.

Los tiempos se confundían, aquello parecía ocurrir fuera de la historia, en un choque espantoso de todos los pueblos. Los ingleses, los austriacos, los prusianos, los rusos, desfilaban uno á uno y todos juntos, según lo requerían las alianzas concertadas, sin que fuese posible saber á punto fijo, en la mayor parte de los casos, por qué unos eran derrotados en vez de los otros. Pero como resultado final todos salían derrotados, inevitablemente derrotados de antemano, al empuje irresistible del genio y del heroísmo, que barrían los ejércitos como si fueran paja. Era en Marengo, la clásica batalla en la llanura, con sus grandes líneas sabiamente dispuestas, su intachable retirada, como en tablero de ajedrez, por batallones, mudos é impassibles bajo el fuego; la legendaria batalla perdida á las tres de la tarde y ganada á las seis, donde los 800 granaderos de la guardia consular contuvieron el empuje de toda la caballería austriaca, donde Desaix llegó para morir y cambiar la comenzada derrota en una inmortal victoria. Era en Austerlitz, con su hermoso sol de gloria, en la niebla del invierno; Austerlitz, comenzando por la toma de la meseta de Pratzen, terminando con el terrible deshielo de los estanques que se hallaban helados, todo un cuerpo de ejército ruso hundiéndose bajo el hielo, los hombres y los animales devorados en un espantoso crujido, mientras que el dios Napoleón, que lo había naturalmente previsto todo, apresuraba el desastre á cañonazos. Más

tarde Jena, la tumba del poder prusiano; primero el fuego de las guerrillas á través de las nieblas de Octubre, la impaciencia de Ney, que estuvo á punto de comprometerlo todo, después la entrada en batalla de Augereau, que le libertó el gran choque, cuya violencia se llevó por delante todo el centro enemigo, y, por último, el pánico, el sálvese quien pueda de una caballería demasiado alabada, que nuestros húsares sabletean como avena madura, sembrando el valle romántico de hombres y de caballos moribundos. Luego Eylau, el horrible Eylau, la más sangrienta de todas las batallas, carnicería en donde se amontonan los cuerpos atrocemente desfigurados; Eylau, rojo de sangre, bajo su tempestad de nieve, con su triste y heroico cementerio; Eylau, donde aún retumba la homérica carga de los ochenta escuadrones de Murat, que atravesaron de parte á parte el ejército ruso, sembrando el suelo con tal número de cadáveres que el mismo Napoleón lloró. Era Friedland, el gran lazo horrible, donde los rusos vinieron de nuevo á caer como una bandada de gorriones atontados; la obra maestra de estrategia del emperador, que lo sabía todo y lo podía todo; en donde nuestra izquierda permanecía inmóvil, imperturbable, mientras que Ney, que había tomado la ciudad calle por calle, destruía los puentes, y después nuestra izquierda, lanzándose sobre la derecha enemiga, empujándola al río, aplastándola en aquel callejón sin salida, en el que realizó tal exterminio, que á las diez de la noche todavía se continuaba matando gente. Quedaba aún Wagram, en donde los austriacos, queriendo cortarnos el Danubio, reforzaban constantemente su ala izquierda

para batir á Massena, quien, herido, dirigia sus tropas en coche descubierto, y Napoleón, malicioso y titánico, dejábalos obrar para de pronto hacer romper el fuego á sus cien cañones, aplastando con sus terribles disparos al centro endeble, rechazándolo á más de una legua, mientras que la izquierda, asustada de su aislamiento, retrocediendo delante de Massena victorioso, arrastra el resto del ejército y realiza una devastación, cual si un dique se hubiera roto. Y Moskowa, por último, donde el claro sol de Austerlitz reapareció por la postrera vez, una imponente refriega de hombres, la confusión del número y del valor, crestas atacadas bajo el incesante fuego, reductos tomados al arma blanca; continuas ofensivas disputando cada pulgada de terreno, con tal encarnizamiento y bravura por la guardia rusa, que fueron precisas para alcanzar la victoria las cargas furiosas de Murat, el trueno de trescientos cañones disparando juntos y el valor de Ney, triunfal príncipe de la jornada. Y cualquiera que fuese la batalla, las banderas flotaban con el mismo estremecimiento glorioso, en el silencio de la noche los mismos gritos de ¡viva Napoleón! sonaban á lo hora en que los fuegos del campamento se encendían sobre las posiciones conquistadas; Francia estaba en todas partes en su casa, como conquistadora que paseaba sus águilas invencibles de un extremo á otro de Europa, no teniendo más que poner su pie en las naciones, para hacerlas volver á la triste condición de pueblo domado.

Mauricio acababa de comer su chuleta, alegre, alegrado más que por el vino blanco que brillaba en el fondo de su copa, por tanta gloria evocada,

cantando en su memoria, cuando sus ojos reconocieron á dos soldados, destrozados, llenos de barro, semejantes á bandidos cansados de rodar por los caminos, y oyó que pedían á la criada noticias sobre la posición exacta de los regimientos acampados á lo largo del canal.

— ¡Eh, compañeros, por aquí!... ¡pues si son del séptimo cuerpo!

— Y de la primera división, — contestó uno, — y se lo aseguro á usted; la prueba es que me encontraba en Froeschwiller, donde no hacía frío, seguramente... y mire usted, el compañero pertenece al primer cuerpo, y se encontraba en Wissemburgo, donde no era ya muy agradable la estancia.

Contaron su historia; arrastrados por el pánico y por la derrota, habían quedado muertos de cansancio uno y otro, levemente heridos los dos, y desde entonces, arrastrando sus cuerpos detrás del ejército, obligados á detenerse en las poblaciones, agotadas las fuerzas por la fiebre, tan retrasados, en fin, que llegaban ahora, un poco repuestos, buscando su regimiento.

Con el corazón oprimido, Mauricio, que iba á empezar á comer un pedazo de queso, vió que los dos soldados se fijaban en su plato.

— Oiga usted, — dijo dirigiéndose á la criada, — traiga usted queso, pan y vino.... ¡Compañeros, echaremos un trago juntos, yo convido. ¡A vuestra salud!

Se sentaron contentos á la mesa, y él, preocupado, los miraba, notando el lamentable aspecto que ofrecían aquellos dos soldados sin armas, vestidos con pantalones encarnados y capotes tan rotos y